

en Tarento, y el Gran Capitan juró sobre la hostia respetar su libertad; pero apenas le entregó este príncipe la plaza, cuando le envió prisionero á España por toda su vida.

Fernando habia dado á entender al papa que aquella conquista le era necesaria para marchar contra los Turcos. Encontráronse los pueblos sin medios de resistencia, expuestos á la lascivia de César Borgia y á las crueldades de una soldadesca acostumbrada á matar Americanos. Franceses, Españoles y capitanes italianos rivalizaron en valor é inútiles proezas, tanto en batallas campales como en desafíos: sirva de ejemplo el de Barletta, donde 13 campeones italianos sostuvieron contra igual número de Franceses, que su nacion no cedia á ninguna en valor. Pero esta es una cosa que debe demostrarse en el campo de batalla y alcanzando el triunfo.

1516.
28 de
abril.

Á pesar del valor de Luis de Armagnac, Gonzalo de Córdoba hacia preponderar á los Españoles, y consiguió una memorable victoria en Cerinola. Durante este tiempo se negociaba la paz, y se convenia en dar el reino de Nápoles al joven Carlos de Austria, que habia nacido de la hija de Fernando y del hijo de Maximiliano. Confíase el *buen Luis* en los términos de los tratados, mandó á Armagnac que suspendiese las hostilidades. Entónces Gonzalo protestó que no habia recibido órdenes, pero en realidad cómplice de la traicion de su amo, tomó posesion de todo el reino, y los esfuerzos de Luis para volver á ganar el terreno perdido fueron inútiles. Así se vió á la tan decantada perfidia italiana sucumbir otra vez ante la buena fe de los Alemanes, la grosera franqueza de los Suizos, el honor frances, y la lealtad española.

Los que se habian repartido infamamente un reino ajeno pronto se indispusieron por cuestiones de límites, y Gonzalo pretendió tener la Capitanata, donde el paso anual de los rebaños, para ir á invernar á la Pulla, producía hasta doscientos mil ducados de peaje.

Dispuesto siempre el emperador Maximiliano á prometer á todo el que le pagaba, é incapaz de llevar á cabo nada, habia contribuido á aumentar el desacuerdo. Negaba al rey de Francia la investidura del ducado de Milan, y hacia preparativos para ir á recibir la corona en Roma y para una Cruzada contra los Turcos; pues en aquel siglo, la Cruzada era el preámbulo de todos los tratados, el tema de todas las arengas; los grandes sacaban partido de esta idea, y los políticos se reían de ella (1).

Todo favorecia los audaces proyectos de César Borgia. Se habia casado con una hija del rey de Navarra y dió en matrimonio á Alfonso de Este su hermana Lucrecia. Esta mujer, des-

(1) Véase lo que Maquiavelo escribia á Guicciardini el 18 de mayo de 1521: « Le respondí en pocas palabras y mal coordinadas, fundándome en el diluvio que debe haber, ó en el turno que debe pasar; ó informándome de si estaria bien emprender la Cruzada en estos tiempos, con otros cuentos de gente ociosa. »

honrada por lúbricas hazañas y un doble incesto, recibió de Alejandro VI el encargo de gobernar á Roma, cuando él fué á sitiar á Sermoneta: vivia, pues, en los aposentos del papa, abria sus cartas, y despachaba los negocios con el consejo de los cardenales. De tal manera la deshonestidad era llevada en triunfo, y el crimen estaba erigido en ciencia. El duque de Valentinois, á quien deben admirar los que acatan el buen éxito, declaró que queria arrojar de los Estados Pontificios á los tiranos y las facciones; envió á Roma á Astor Manfredi, que se habia entregado á él bajo su palabra, con órden de que le ahorcasen; bajo pretexto de sitiar á Camerino, pidió tropas y artillería al duque de Urbino; pero cuando las tuvo en su poder, cayó sobre este príncipe, y se apoderó de un solo golpe de cuatro ciudades y 300 castillos: despues atacó á Camerino, entró en la ciudad por traicion é hizo degollar al duque y á sus hijos.

Marino, picapedrero dálmata, que se dirigió en el siglo IV al Monte Titan, cerca de Urbino, decidió pasar una vida solitaria y religiosa, y algunos de sus compañeros fundaron allí una república compuesta de gente industriosa, pacífica, moral, que subsiste hace 13 siglos. En los tiempos antiguos Pindiniso, villa de los Eleuterocilicios, situada en una altura inexpugnable, habia sido respetada por todos los conquistadores, hasta por Alejandro. Napoleon respetó á San Marino. Esta república compró en 1100 al conde de Montefeltro el castillo de Pennarossa, en 1170 el de Casolo, y se sostuvo en medio de los papas, de los obispos de Montefeltro, de los Malatesta, de Rimini y de los Carpegna. En 1460 obtuvo de Pio II, en recompensa de haberle ayudado contra los Malatesta, los cuatro castillos de Serravalle, Factano, Mungiardino y Fiorentino; pero pronto volvió á su primitiva humildad. En la época que describimos fué ocupada tambien por César Borgia; pero sacudió el yugo, y ha conservado hasta nuestros dias su irrepreensible libertad (1).

Los países confinantes, viéndose amenazados reclamaron el socorro de Luis XII; pero el cardenal Amboise, alma de sus consejos, aspirando á la tiara, adulaba á Alejandro VI, con el objeto de que le asegurase mayor número de amigos en el sacro colegio. Venecia, ocupada seriamente con los Turcos, no podia reprimir ni la ambicion de los Borgias, ni la invasion de los Españoles y Franceses; aquella república era la única barrera que protegía la civilizacion cristiana. En Florencia, ciudad rodeada de avanos enemigos y de amigos débiles, todo se vol-

(1) Los Florentinos escribian el 2 de junio de 1469 á los habitantes de San Marino lo que sigue: « Conocemos vuestra fe, vuestra generosidad y la grandeza de vuestras almas... Debéis conservar vuestro valor firme y constante, y perder la vida juntamente con la libertad; que al hombre acostumbrado á vivir libre le está mejor morir que ser esclavo. Dios, que ama la libertad, os ayudará. » Y Julio II les decia: « Hortamur ut forti et magno animo sitis, considerantes nihil dulcius aut utilius esse libertate. » DELFICO. Docum. p. 61, 88.

via confusion y las cosas estaban en el aire por la inestabilidad de aquel gobierno, con el cual era imposible tanto el emprender una marcha grande como el conservar un secreto. *Es preciso que os envíe á los Médicis*, decia Petrucci á los embajadores florentinos, *porque sin ellos no se curarán vuestros males*: muchos proponian que se les volviese á llamar; pero se adoptó por último el partido de nombrar un gonfalonero vitalicio, y la eleccion recayó en Pedro Soderini, hombre demasiado débil para circunstancias tan graves.

Envió al papa á Juan Vettore, y al duque de Valentinois á Nicolas Maquiavelo, que de esta manera pudo ver de cerca á abuel astuto político (1), que debia servirle de modelo para trazar el cuadro ideal de un nuevo tirano. Ambos estaban imbuidos de la misma idea: la necesidad de reunir la Italia bajo el dominio de uno solo, y la conviccion de que la fuerza del leon no bastaba para conseguirlo, sino que era necesaria la astucia de la zorra. Esto es lo que Maquiavelo enseñó en todos sus libros. El duque de Valentinois queria ponerlo por obra, y despues de ocupar la Romania y el Lacio, con una porcion de la Toscana, ambicionaba el reino de Nápoles, esperándolo todo del apoyo paterno, de su propia decision y de la perfidia. Pero ocultaba les medios que se proponia emplear, y Maquiavelo, á pesar de su grande habilidad, quedó confundido ante aquel hombre impenetrable, de quien no sabia decir otra cosa, sino que era reservadísimo (2).

Florencia no se atrevió á unirse abiertamente á los capitanes aventureros y á los señores, que habian celebrado una dieta en Magrone, en el territorio de Perusa, para tratar de los medios de reprimir la ambicion de César Borgia. Por el contrario, encargó á Maquiavelo « ofrecerle asilo y asistencia contra aquellos nuevos enemigos; » lo cual permitió al duque contemporizar, turbar su union y sacrificarlos. Á favor

(1) Maquiavelo nos informa de las fuerzas y esperanzas de César Borgia: « Envió á Don Miguel (Coreia, su guerrillero) provisto de dinero para reclutar cerca de 1,000 infantes, que se encontraban con los hombres de armas, y hoy tiene á sueldo á unos 800 infantes de Val de Lamona, y los manda en aquella direccion. Ni al presente se encuentran mas que unos 2,500 infantes asalariados; y les han quedado de hombres de armas unas 100 lanzas de sus nobles, los cuales podrian poner en pié de guerra, reuniendo la gente de sus haciendas, mas de 4,000 caballos. Tiene ademas tres compañías de 50 lanzas cada una, á las órdenes de tres jefes españoles, que están bastante disminuidas, por haber permanecido mucho tiempo sin paga. La gente de á pié y de á caballo que trata de alistarse nuevamente, y los favores que espera, son estos. Ha enviado á Rafael de los Pazzi á Milan para tomar á sueldo 500 Gascones de los aventureros que se encuentran en Lombardia: ha mandado un hombre práctico á Suiza para alistar allí 1,500: pasó revista hace cinco dias á 6,000 infantes escogidos entre sus vasallos, que puede tener reunidos en dos dias. En cuanto á los hombres de armas y á la caballería ligera, ha decretado que todos los que pertenezcan á sus Estados vayan á encontrarle, y á todos da recaudo. Tiene tanta artillería y en tan buen órden como casi el resto de Italia. Á menudo van correos y emisarios á Roma, Francia y Ferrara, y de todos espera alcanzar el objeto de sus deseos. »

(2) « Jamas se hablan allí las cosas que deben callarse, gobernándose con un secreto admirable. » *El mismo*.

de una larga serie de tratados falaces y de protestas astutas, atrajo á Sinigaglia á Oliverotto de Fermo, á Vitellozzo, á Pablo y Francisco Orsini, que fueron cogidos y asesinados, pagando de esta manera con su sangre la indiscrecion de entregarse á la fe de otro, cuando ellos mismos no habian conservado nunca la suya (1). Al mismo tiempo Alejandro VI prendia en Roma al cardenal Orsini y á los demas individuos de aquella familia: el primero fué envenenado, sus parientes condenados á muerte y las fortalezas de su pertenencia invadidas. Por todas partes quedaron aterrados los grandes, y el pueblo que detestaba á los aventureros, sus asesinos, se alegró de su caída, con la esperanza de alcanzar algun reposo (2). Los soldados pasaron al servicio de César Borgia, que halló panegiristas; no pudiendo Pisa sostenerse ya contra Florencia, se entregó á él, y César tenia puestos ya los ojos en Siena con la idea de abatir á Pandolfo Petrucci, que era el alma de la liga formada contra él (3).

(1) « Esta mañana, desde temprano marchó S. E. el duque con todo el ejército, y vino á Sinigaglia, donde estaban todos los Orsini y Vitellozzo, que le habian ganado este pais. Le rodearon, y habiendo entrado con ellos en la ciudad, se volvió á su guardia é hizo que esta los prendiera á todos. En mi dictámen no llegarán á mañana vivos. » MAQUIAVELO, *Carta* de 31 de diciembre de 1502. Refiere luego extensamente el hecho, y sin una palabra de desaprobacion. Al contrario, poco despues escribia á la Señoría florentina: « Todos aquí empiezan á maravillarse de que vuestro príncipe no hayan escrito ó hecho entender alguna cosa á este príncipe en congratulacion de lo que se ha ejecutado de nuevo en vuestro beneficio; por lo cual piensa que toda la ciudad debe estarle obligada, diciendo que hubiera costado á vuestros señores destruir á Vitellozzo y á los Orsini 200,000 ducados, y que á pesar de este sacrificio no hubieran podido conseguir un éxito tan completo como su Señoría. »

(2) Guicciardini escribe: « Aun despues de la caída del duque de Valentinois, aquella provincia continuaba quieta y sumisa, habiendo conocido por experiencia cuánto mas tolerable estado era para ella servir toda junta bajo un señor solo y poderoso, que obedecer, como antes, cada cual á un príncipe particular, el cual no la podia defender, á causa de su debilidad, ni hacerle bien, á causa de su pobreza: por el contrario, no bastándole sus pequeñas rentas para sostenerse, se veía obligado á oprimir á los súbditos. Los hombres se acordaban aun de que la autoridad y grandeza del duque, no menos que la administracion sincera de la justicia, habian alejado de aquel pais los tumultos de los partidos, que anteriormente le atormentaban á menudo; con lo cual se habia captado el afecto de los pueblos, ayudándole á conseguir los beneficios que dispensó á muchos de ellos: así ni el ejemplo de las demas que se rebelaban, ni la memoria de los antiguos señores, les inducian á sustraerse de la obediencia del duque de Valentinois. »

(3) Es curioso ver con qué impudencia el duque de Valentinois se confiaba á Maquiavelo: « Ya ves á que altura me encuentro con los que eran enemigos comunes de tus señores y míos; pues los unos han muerto ó están prisioneros, los otros se han fugado ó están sitiados en sus casas; entre estos últimos se cuenta Pandolfo Petrucci, que ha de ser el último trabajo de nuestra empresa, y la seguridad de los Estados comunes. Es necesario arrojarlo de su casa, porque es conocido su carácter, puede reunir dinero, y el lugar donde se retira, seria, mientras permaneciese en pié, un foco capaz de producir un grande incendio. No hay que dormirse con respecto á él; lejos de esto, es necesario combatiarle *totis viribus*. No creo que sea difícil arrojarle de Siena; pero quisiera tenerle entre mis manos, y para conseguirlo, piensa el papa adormecerle con breves, manifestándole que le basta tener á sus enemigos por enemigos. Entretanto me adelantará con el ejército. Es bueno engañar á estas gentes que se han mostrado maestros en traiciones. Los embajadores de Siena, que se han presentado á mí en nombre de la paílla, me han hecho buenas promesas, y les he asegurado que no

Muerte de Alejandro VI. 1505. 48 de agosto.

Pero la hora fatal de los Borgias habia llegado, César lo tenia preparado todo para poder, en caso de fallecimiento de su padre, quedar árbitro del cónclave, y elevar de este modo al papado á una de sus hechuras; mas queriendo Alejandro VI, segun se dice, envenenar al cardenal Corneto, á quien habia convidado á una colacion, bebió por equivocacion el vino destinado á aquel prelado y murió. El duque de Valentinois estuvo tambien muy grave; pero habiendo conseguido restablecerse, se apoderó sostenido por el cardenal de Amboise, que contaba con él para ceñirse la tiara, del tesoro pontificio, cuyo valor era de cien mil ducados, colocó 12,000 hombres en el Vaticano, y fortificó el castillo de Sant' Angelo. Acudieron Orsini y Colonna para derribarle; estallaron los odios, las casas fueron incendiadas, se saquearon las tiendas, quedó asolado el campo. Fabio Orsini se lavó las manos y la cara en la sangre de un Borgia; los Franceses y los Españoles se batieron dentro de Roma; por último, los embajadores y las derrotas indujeron á César á salir de allí.

1503.

Pio III, que no reinó mas que 26 dias, tuvo por sucesor á Julian de la Rovere, que enemigo encarnizado de los Borgias, habia permanecido hasta entónces sobre las armas ó desterrado, y que con el nombre de Julio II, se dice haber arrojado al Tiber las llaves de San Pedro, para no conservar sino la espada de San Pablo. Pronto se anudaron los alianzas con Francia y España; muchos señores volvieron á sus Estados; todas las ciudades se dispusieron para el combate, y el duque de Valentinois, preso y reducido al último apuro, cedió los castillos ocupados en su nombre, si bien el papa le dejó libre en cumplimiento de la palabra que le habia dado, con objeto de obtener el voto de

deseo privarlos de su libertad, sino que expulsen á Pandolfo. He escrito una carta al Común de Siena, descubriéndoles mis intenciones, y no deben ignorarlas, despues de lo que ha pasado en Perugia y Castello, que he dado á la Iglesia sin querer conservarlas. Ademas, al amo de todo, que es el rey de Francia, no le agradaría que yo tomase á Siena para mí, y no soy tan temerario que lo piense: el Común debe, pues, prestar fe á lo que le dije, á saber: que no quiero nada de lo que le pertenece, y si solo arrojar de allí á Rodolfo. Deseo que tus señores certifiquen y proclamen esta intencion de mi parte; es *solum* apoderarme de ese tirano. Confío en que el Común de Siena me creera; pero, si no me cree, estoy dispuesto á marchar adelante, y poner la artillería á sus puertas y hacer *ultimum de potentia* á fin de arrojarle. He querido comunicarte esto á fin de que esos señores conozcan mi pensamiento, y tambien para que si saben que el papa ha dirigido un breve á Pandolfo, no ignoren el objeto; pues estoy dispuesto, despues de haber arrebatado las armas á mis enemigos, á quitarles la cabeza, que consiste enteramente en Pandolfo y sus manejos; desearia, ademas, que rogases á tus señores, que en caso de necesidad de alguna ayuda en este negocio, me la proporcionen, para ayudarme contra el dicho Pandolfo. Creo verdaderamente que si, hace un año, hubiese prometido á esa Señoría destruir á Vitellozzo y á Liverotto, arruinar á los Orsinis expulsar á Juan Pablo y á Pandolfo por precio de cien mil ducados, se hubiera apresurado á entregarlos. Ahora bien, todo esto se ha verificado ámpliamente, sin que le haya costado nada, sin que haya tenido que hacer un esfuerzo ni por qué inquietarse: de consiguiente, aunque la delegacion no sea *in scriptis*, es sin duda tácita: justo será, pues, empezar á pagarla, á fin de que no nos parezca, ni á mí ni á los demas, que esta ciudad se manifiesta ingrata contra sus costumbres y carácter. »

los cardenales de su partido. Entónces se refugió en Nápoles, donde Gonzalo de Córdoba le recibió con muchas consideraciones, hasta que Fernando le ordenó enviarle á España. César se puso en marcha bajo la palabra de honor del monarca castellano; pero envuelto en la misma política astuta de que era maestro, fué preso á su llegada (1). Habiendo conseguido huir y refugiarse junto á su cuñado Juan II, rey de Navarra, fué muerto en el sitio de Viana (1507).

Las fáciles conquistas de los últimos años habian estimulado la ambicion de los potentados extranjeros: Francia, España y el emperador no veían ya en la Italia mas que una presa, y disputaban á cuál pertenecería, sin que ninguno de ellos pensase en sus verdaderos poseedores (2). Resentido Luis XII del engaño con que le habian arrebatado el reino de Nápoles, envió á Luis de La Trémouille con Suizos é Italianos para restablecer allí sus negocios. Este general comprometió una batalla en el paso del Garellano, donde Pedro de Médicis se ahogó, y la victoria quedó por Gonzalo; pero desprovisto el vencedor de dinero, y afligido por el clima, firmó una tregua por tres años, á lo que siguió el matrimonio del anciano rey Fernando con Germana de Foix, sobrina de Luis XII, quien le cedió sus pretensiones á aquel reino. Despues cuando el tratado de Blois, el emperador Maximiliano consintió en abandonar Milan á la Francia, mediante 20,000 florines al año, y un par de espuelas de oro.

Quedaban así establecidas en Italia dos grandes potencias extranjeras, que mutuamente se guardaban respeto; pero que no debían considerarse como señoras, en atencion á que se encontraban á merced de sus generales. Principalmente Gonzalo de Córdoba podia considerarse como rey, y ni obedeció al llamamiento de Fernando. Fué, pues, este en persona á Nápoles, y con el pretexto de elevarlo á la dignidad de gran maestro de la órden de Santiago, le llevó á España y le tuvo alejado de la corte, castigándole de esta manera de sus hazañas, hasta el momento en que murió á la edad de 73 años.

En cuanto á los demas países de Italia, si no habian perdido su independencia despues de una guerra desastrosa de diez años, habian establecido gobiernos poco favorables al pueblo, y no podían fiarse de una tregua que se asemejaba á un descanso, para cobrar aliento y

(1) Cuando el duque de Valentinois fué preso, Baldissera Escriptor, natural de Siena, mandó fijar por toda la Cristiandad un cartel contra todo Español que sostuviese que el duque de Valentinois no habia sido retenido en Nápoles á consecuencia de un salvoconducto del rey Fernando y de la reina Isabel, con insigne falta de fe y grande infamia de sus coronas. » LUIS DA PONTO, *Carta* 30.

(2) En las cartas escritas por Maquiavelo, como embajador, á la corte de Francia, leemos: « El rey tiene la costumbre de decir á un hombre que no miente: — El emperador me ha invitado varias veces á dividir con él la Italia; no he querido nunca consentir en ello; pero el papa esta vez me obliga á hacerlo. » 9 de agosto de 1510.

comenzar de nuevo una lucha mas terrible. Pisa continuaba resistiendo á Florencia, y se ofrecia tan pronto á uno como á otro, hasta al mismo duque de Valentinois, ántes que volver á caer bajo el yugo de su rival que habia arruinado su comercio y poblacion, y reducido á pantanos las llanuras cultivadas de que ántes estaba rodeada. Los Españoles la favorecian por odio á los Franceses, con el asentimiento de Petrucci y Baglione, envidiosos ambos de la república vecina, pero los socorros que recibia eran débiles y consistian sobre todo en promesas.

Á causa de Pisa crecian tambien las facciones de Génova, que habia pasado del dominio de los Esforcia al de Francia, conservando la administracion republicana, aunque su poblacion, comercio y escuadra hubiesen declinado. Los nobles favorecidos por el gobernador frances, capitaneados por Juan Luis del Fiesco, y afectos á los intereses de la Francia, se oponian á los simples ciudadanos hasta impedir que se admitiese á Pisa, la cual se ofrecia voluntariamente á la que habia hecho tantos sacrificios por someterla. De aquí se originaban continuas riñas y hasta revoluciones, que apenas podían reprimir los Franceses. La clase média pretendia que se les quitasen á los nobles, es decir, á los descendientes de los Doria, de los Espinola, de los Fieschi, de los Grimaldi, sus castillos, y que los bienes de la Ribera fuesen regidos por las leyes comunes. Los nobles en desquite iban armados de puñales en los cuales estaba escrito: *castiga villanos*; pero los villanos de Génova han mostrado mas de una vez á sus opresores cómo hieren las piedras de su país. Tambien en esta ocasion para vengar un insulto hecho á un hombre del pueblo, se sublevaron. Luis XII envió fuerzas que los apaciguasen; mas los ciudadanos reclamaron el apoyo del papa, su compatriota, y el del emperador, y eligieron un dux popular, el tintorero Pablo de Novi, lo que equivalia á declararse independientes (1). Luis XII marchó allí en per-

(1) « Fuese por la variedad de las razas que poblaron la Liguria, ó como creo, por la oposicion inconciliable entre una ciudad opulenta y el feudalismo que se habia guarecido en las montañas vecinas, el hecho es que Génova en sus mejores tiempos no tuvo nunca una grandeza estable, porque ni los pueblos ni la aristocracia dominaron allí jamás con seguridad: esto le impidió adquirir, segun debia, el señorío del Mediterráneo. Venció la rivalidad de Pisa; pero se estrelló contra las fuerzas de Venecia, mas constante en sus propósitos y mas italiana. Derrotada en los mares y desunida en lo interior, mostró un ejemplo, nuevo hasta entónces, á las ciudades italianas: entregó su libertad á la Francia; despues buscó un amo en Italia, y obedeció á los señores de Milan, siendo así que valia mas que Milan por su poderío marítimo y sus empresas memorables. Volvió á caer en manos de los Franceses en 1509, á modo de una esclava fugitiva, sucediéndoles los Españoles, y tornando luego por tercera vez los Franceses. Aquellos años fueron de los mas calamitosos para Génova: las guerras de Italia la asolaban á cada cambio de fortuna, y lo peor de todo era que Savona se habia rebelado y la amenazaba con ser su rival. Á Génova, en medio de tantos males, aun le quedaba tiempo para despedazarse á sí misma; nobles y plebeyos, Guelfos y Gibelinos, Adornos y Fregosos, combatian confusamente, y la discordia tenia cien nombres, cien rostros y cien manos levantadas para arruinar la famosa

sona con Suizos y Franceses: las milicias no pudieron sostener el choque de los batallones disciplinados, y el caballero Bayardo iba gritando: *Mercaderes, defendeos con los brazos; dejadnos las picas y las lanzas*. Génova fué tomada y entregada al saqueo: el rey habia ofrecido perdonar al pueblo, que salió á recibirle con ramos de olivo; pero mas de setenta y nueve culpados caminaron al patíbulo; el dux, vendido por uno de los suyos, fué desuartizado; se impuso á los habitantes una contribucion de 200,000 florines, que eran la tercera parte de las rentas de Francia; fueron quemados los privilegios; se construyó una fortaleza en el faro, y se estableció un gobierno, en el cual los nobles tenían derecho á la mitad de los empleos. Los historiadores celebraron la clemencia de su Majestad Cristianísima.

Entónces cesaron los socorros suministrados á los Pisanos, que « sin ninguna asistencia, solos, y muy débiles, no admitidos por Milan, rechazados por los Genoveses, sospechosos al pontífice, y poco sostenidos por los Sieneses, permanecían tenaces, esperando en las vanas promesas de otros, al mismo tiempo que en la debilidad y desunion de los Florentinos. » (MAQUIAVELO.) Pero por mas que emplearon para salir airoso todos sus esfuerzos y por mas que mostraron durante catorce años un valor y perseverancia de héroes, atacados al mismo tiempo por corsarios y ejércitos, y agitando en medio de las intrigas de Francia y España, que no querían proteger su libertad, sino sacarles dinero con traicion, tuvieron que resignarse á sufrir su antigua servidumbre. En Paris y en Madrid, donde se decidían entónces los destinos de Italia, se estipuló el precio de aquella sumision en 100,000 ducados, que Florencia pagaria el rey de Francia, y 50,000 al de España. Florencia trató á los vencidos generosamente, no contentándose con perdonarlos, sino devolviéndoles las rentas percibidas en los campos y las franquicias del comercio. Algunas de las principales familias continuaron el oficio de las armas y entraron en el servicio; otras se trasladaron á Palermo, Luca y Cerdeña.

El sitio de Pisa es tambien memorable por la *ordenanza florentina*, que se vió entónces por primera vez: era un cuerpo de diez mil campesinos equipados por la Señoría, segun consejo de Maquiavelo, con uniforme blanco, calzones en parte blancos y en parte rojos, y armas por el estilo de los Suizos y los Alemanes, los cuales hacían el ejercicio los dias de fiesta. Costaban ménos que las bandas asalariadas, y

ciudad. Sin embargo, las fuerzas internas no se habian extinguido, como en otros puntos, ni se habian cebado á perder enteramente la plebe ni los nobles por una larga tiranía. Génova no habia llegado al último grado de su prosperidad; no se habia abusado allí del ingenio ni de la libertad, y en aquellos años la Liguria produjo las tres naturalezas mas vigorosas que la Italia poseía á la sazón: Colon, Julio II y Andrés Doria. » GINO CAPPONI, *Note ai documenti di storia italiana*.

1507, abril.

1509.

1506.

mostraron mas disciplina; por lo demas, la guerra se sostenia con tropas mercenarias, de las cuales las mejores se sacaban de Suiza: gente venal, que si el sueldo se demoraba un poco, no querian obedecer, ó se apoderaban del general, y á veces le obligaban á dar una batalla en circunstancias desfavorables, ó á intentar empresas mal combinadas con solo la esperanza del saqueo.

Julio II, lleno de pensamientos belicosos, político hábil, dotado de una mirada previsora y segura, fomentó aquel frenesí de guerras é intrigas; y viendo que el papado habia descendido del sublime magisterio que desempeñaba en la edad média, para representar el papel de un principado terrestre, quiso á lo ménos darle elevacion, y durante diez años dominó á los fuertes, á la cabeza de un país débil, y dirigió los negocios de Europa. Disgustado de aquella soldadesca brutal que disponia á su antojo de la Italia, y ante la cual habia temblado Alejandro VI, concibió la noble idea de *libertar á la Italia de los Bárbaros*; pero la sacrificó varias veces á intereses secundarios, para los cuales llamó él mismo á los extranjeros á quienes queria arrojar de aquel territorio. Pensó primero en atraer la Romanía á su obediencia; pero los Venecianos, cuya ambicion se dirigió inconsideradamente hácia la tierra firme, habian ocupado á Rímmini y á Faenza, y se negaron á restituirlas, favoreciendo á los demas señores que luchaban con la Santa Sede. Disimuló Julio hasta el momento en que bien provisto de tropas, dinero y alianzas, precedido de entredichos y seguido de ejércitos, sitió en Perugia á Juan Pablo Baglioni, y dejando atras las tropas, entró solo en la ciudad con toda su corte. Baglioni, á quien no habian arredrado el parricidio ni el incesto, no se atrevió á mostrarse criminal de una manera grandiosa, y se dejó coger. En seguida Julio quitó la ciudad de Bologna á Juan Bentivoglio; y sin cambiar los privilegios ni la administracion popular, confió el gobierno á un senado de cuarenta ciudadanos que ha durado hasta estos últimos tiempos.

1507. Habia sido ayudado el papa en aquella expedicion por Francia; pero concibió recelos de esta potencia cuando supo que enviaba un ejército á recobrar á Génova, y sobre todo, cuando se extendió un sordo rumor que anunciaba que Luis XII se proponia bajar á Italia, donde á la cabeza de un grande ejército, con el apoyo de ocho cardenales, y treinta entre obispos y arzobispos, tenia intencion de deponer á Julio II y sustituir en su lugar al cardenal de Amboise, que le coronaria emperador. Dirigióse entonces Julio á Maximiliano, y este que habia roto ya el tratado de Blois, concluido con Francia, y que ardia en deseos de poseer la corona imperial para trasmitirla á su hijo, convocó los Estados en Constanza, les mostró la ambicion de Luis, logrando conmovierlos con su elocuencia hasta derramar lágrimas; pero en vez de los treinta mil hombres que pedia, solo se le con-

cedieron doce mil, de los cuales apénas se presentaron la tercera parte y únicamente por seis meses. Entonces intimó á los Estados Italianos que le enviasen los hombres y subsidios que se acostumbraba suministrar en tales ocasiones; pero sus peticiones eran exorbitantes, propias de un emperador que no podia contar sino con recursos de fuera, y que necesitaba tomar á sueldo á los Suizos, ávidos de dinero. En su consecuencia, todos le ayudaron mal; ademá, los Venecianos, á instigacion de Francia, se le opusieron abiertamente, derrotaron sus primeros escuadrones, y le arrebataron los puertos del Adriático. Entonces Maximiliano, privado del socorro de los Suizos y de los Alemanes, retrocedió con la vergüenza que ordinariamente cabia á sus empresas.

CAPÍTULO V

Liga de Cambray.

Venecia sacó partido de aquella tregua. Habiendo salido con ventaja de la guerra contra los Turcos, sin que la destrozasen los diez años de hostilidades que asolaron la Italia, hubiera podido recobrar su esplendor y sostener la concurrencia con las naciones que, en virtud de los descubrimientos nuevos, verificaban una revolucion en el comercio y la marina; pero habiéndose extendido por tierra firme, y aprovechándose de los desastres de todos los príncipes italianos para aumentar sus posesiones, sin pararse en los medios de conseguirlo, se atrajo enemigos en todas partes. La primera liga formada por los príncipes europeos despues de las Cruzadas, debia ser dirigida contra ella por enemistades y consideraciones personales; fatal principio de un nuevo derecho público.

Luis XII habia cedido por un tratado la ciudad de Cremona y la Geradadda á los Venecianos, á quienes la conquista habia hecho ya dueños de Bérgamo y Brescia; pero luego, arrepentido, pretendia en su totalidad el ducado que le habia cabido en herencia. Maximiliano, como sucesor de los emperadores de Alemania, reclamaba á Padua, Verona y Vicenza, ciudades que Venecia posefa hácia tiempo; y como príncipe austriaco, tenia también pretensiones á Roveredo, Treviso y el Friul. La Santa Sede pedia á Rávena, Cervia, Faenza, Ímola, Rímmini y Cesena, territorios que los tiranos habian arrebatado á la Iglesia, César Borgia á los tiranos y los Venecianos á César Borgia. El rey de Nápoles exigia á Trani, Brindis, Otranto, Gallipoli, Mola y Polignano, dadas en prenda á los Venecianos por Fernando II. El duque de Saboya queria que le devolviesen á Chipre, cuyo título llevaba; las casas de Este y Gonzaga los territorios que habian dominado ántes. En fin, la Hungría pretendia las ciudades de la Dalmacia y la Esclavonia, pertenecientes en otro tiempo á su corona.

Era en realidad una sorda envidia de los reyes contra una república que no estando gobernada por el genio perecedero del hombre, sino por la sabiduría inmortal del Senado, se habia elevado sin gastos de corte y en un reducido territorio á la categoría de las primeras potencias, y se atrevia á resistir á Roma, á impedir á los Franceses prevalecer en Lombardia, y á los emperadores á pasar los Alpes ruando les agradase (1).

Así, aunque no posefa con ménos legitimidad que las demas potencias, se pensó en dividirse su territorio, y ya Maximiliano y Luis habian combinado en Blois este punto. La ineptitud del uno y las ocupaciones del otro suspendieron el efecto del tratado; pero la última expedicion de Maximiliano, y la tregua á que se vió obligado, irritaron á aquel emperador, que vió con despecho á sus soldados alemanes llevados en triunfo por Alviano, general de la república. Por otra parte, aunque Luis XII tenia interes en conservar la amistad de los Venecianos, para retener el Milanésado, no le pareció bien que hubiesen concluido aquella tregua, en lugar de debilitarse mutuamente, como á él convenia; añadiéndose á esto que el cardenal Amboise creía que la tierra, que nunca pudo conseguir, se le habia escapado de las manos por la oposicion de Venecia.

1508.
10 de
diciembre.

El resultado de aquellos ódios particulares fué reunirse Margarita de Austria y el cardenal Amboise en Cambray, con el pretexto de pacificar á los Países Bajos, rebeldes á la autoridad del emperador, y de concertar una expedicion contra los Turcos, y celebrar allí una alianza europea contra Venecia, como usurpadora, tiránica, provocadora de discordias, y todo lo peor que se puede imputar á los que se aspira á destruir. Se convino en que el rey de Francia mandaria el ejército, y que Julio II, aquel mismo pontífice que queria emancipar á la Italia de los Bárbaros, le allanaria el camino por medio de entredichos; que Maximiliano arrojaría al fuego el *libro rojo*, en el cual anotaba las culpas de la Francia respecto de la casa de Austria, y que, en tregua ó no, intervendria como protector de la Iglesia; que cada pretendiente ocuparia su parte; que cada uno de los que habian temido á Venecia, le daría una estocada, reduciéndole de esta manera (decia el lugarteniente Chaumont) á no ocuparse mas que en la pesca.

Algo sospecharon los Venecianos; pero Luis XII les aseguró que no se habia estipulado nada en perjuicio suyo, y que el rey católico no habia tomado parte mas que en las negociaciones contra los Turcos. Sin embargo, el

(1) La baja envidia que excitaba á las potencias se deja ver en el discurso del ministro francés, dirigido á la Dieta Germánica. « Nosotros no vestimos púrpura preciosa; nuestras mesas no ostentan vajillas de oro y plata; nuestros cofres no están llenos de oro... Ciertamente, si es impropio de príncipes convertirse en mercaderes, aun es mas impropio de mercaderes elevarse á la condicion de príncipes. »

cardenal de Amboise dió prisa á la expedicion con su natural actividad, para no dejar tiempo á reflexionar, y él mismo, gotoso como estaba, atravesó los Alpes en litera. Ya habia comenzado la guerra junto al Adda, cuando fué declarada al dux Loredano y á todos los ciudadanos, « hombres infieles y usurpadores violentos. » Lanzó el papa el entredicho contra Venecia, comprendiendo en él á las autoridades, á los ciudadanos y á todo el que diera refugio á un Veneciano, debiendo ser considerados todos como enemigos del nombre cristiano, y ser esclavos del que se apoderase de ellos.

1509.
27 abril.

Venecia se encontrábase expuesta á aquel furor sola y en el momento en que graves accidentes empeoraban aun su posicion; pues como si no bastase que sus rentas estuviesen arruinadas por la pérdida del monopolio de los géneros de la India, y por la guerra contra Carlos VIII, se prendió fuego al polvorin próximo al arsenal, el rayo derribó la ciudadela de Brescia, 10,000 ducados enviados á Rávena naufragaron, y un incendio devoró los archivos. La prudencia de los padres de la patria se manifestó en medio de tantos desastres, dando el mejor destino posible á las riquezas que habian logrado reunir.

Venecia, recelosa, confiaba el mando á extranjeros y nunca á nobles de su seno. Hacía mucho tiempo que estaban allí en uso las *milicias provinciales*, debiendo los proveedores en sus respectivas provincias formar una lista de todos los hombres aptos para el servicio, fuese en clase de combatientes, de zapadores ó de conductores de los trenes: y se les pasaba revista una ó dos veces al mes, llamándolos á las armas en caso necesario. En 1490, llevó allí arcabuceros, y los diseminó por el territorio á fin de que adiestrasen á la juventud en aquella nueva arma, estableciendo ejercicios de fuego y premios. Seguian á las milicias provinciales los *partidarios*, especie de infantería ligera. Á los prudentes de segunda clase, incumbía velar sobre la milicia terrestre, y siempre iban en el ejército dos proveedores como consejo y freno del general.

De este modo se opuso á la Liga, y tambien sirviéndose de bandas asalariadas; y aunque el papa detuvo á los capitanes de la Romanía comprometidos con Venecia por los tratados, esta pudo reunir á orillas del Oglio un ejército de dos mil cien lanzas, mil quinientos soldados de caballería ligera italiana, y mil ochocientos de caballería griega, mil ochocientos infantes, y doce mil milicianos. Los mandaban Nicolas de los Orsini, conde de Pitigliano, y el gobernador Bartolomé de Alviano, dos de las mejores espadas de la época. Pero incapaz la Señoría de abandonar sus recelosas desconfianzas, ni aun en las circunstancias mas críticas, ponía trabas á los movimientos de los generales. Llevaron la guerra á la Geradadda; y hubiera sido una suerte para ellos aguardar